

teológicas, y es difícil encontrar en ellas alguna huella de metafísica: se puede soñar una divinidad de la juventud ó de la belleza, ó algun espíritu agregado á las esferas para moverlas, pero no un dios del número ó del peso. Hay dos signos por los cuales se puede reconocer que el conocimiento de un sistema de hechos ha llegado á ser positivo, y son poder preverlos y gobernarlos. Desde entónces no hay ya medio de creer en las voluntades cambiantes ó en las fuerzas ocultas. Nadie piensa en pedirle á Dios que abrevie el tiempo, pero se le pide que llueva. La química está todavía llena de preocupaciones metafísicas, y hay muchas más en la biología. En cuanto á la sociología estaba enteramente por crear ántes de que Comte hubiese aparecido; pero él se jacta de haberla perfeccionado en su parte más esencial, proveyéndola de un método que le da un carácter científico. Así resume Comte su doctrina sobre este punto: "Nuestras diversas teorías reposan dogmáticamente unas sobre otras, segun un orden invariable que debe arreglar históricamente su advenimiento decisivo, habiendo debido siempre desarrollarse más pronto las más independientes." Sus discípulos confiesan, sin embargo, que á menudo las ciencias inferiores tienen necesidad de las superiores, y que hay una reaccion de las tardías sobre las que han sido precoces. Esta concesion no deja de templar el rigor de la clasificacion.

El mismo Comte no parece haberla mantenido siempre tal como la propuso en la primera fase de su vida. Parecióle inatacable mientras no emprendió el estudio de los fenómenos de la vida; pero una vez llegado á esa altura, tuvo dudas sobre la organizacion que habia establecido de una manera plausible para las ciencias inferiores. Los hechos del orden físico pueden reducirse á un simple mecanismo; se siguen sin prepararse ni subordinarse, y el que viene al último no puede ser tomado por causa de los que le han precedido: la chispa no está hecha para la explosion ni ésta la necesita. Pero en las acciones vitales hay fenómenos que parecen determinar, en calidad de fines, otros fenómenos que son medios; éstos están subordinados á aquellos, y léjos de explicarlos, no se explican sino por ellos. La actividad física ó química tendria entónces su razon en la actividad vital, y seria imposible mantener la dependencia de los hechos en el sentido en que habia creído poderla establecer. De aquí vacilaciones y á veces contradicciones; de aquí esas bellas palabras tan poco consecuentes con el conjunto de su doctrina, y que semejan á una renuncia al análisis hasta el último extremo: "En presencia de los seres organizados advierte uno que el detalle de los fenómenos, cualquiera que sea la explicacion más ó ménos suficiente que se dé, no es el todo ni siquiera lo principal; que lo principal, y casi se podría decir el todo, es el conjunto en el espacio, el progreso en el tiempo, y que explicar un sér viviente, seria mostrar la razon de ese conjunto y de ese progreso que es la vida misma." ¿No es esto confesar que en el sér viviente se encuentra algo más que en los elementos físicos ó químicos, y que no se le podría reducir á esos elementos? Parece que esta duda se le impuso más fuertemente todavía, cuando fijó la reflexion sobre el primero de los seres organizados, sobre el hombre; y llegó á confesar que el conocimiento de la naturaleza humana es como la clave de la biología toda entera; que es del hombre de donde hay que descender al resto de la naturaleza animada. Despues de haber explicado la vida moral por la actividad cerebral, parece

que hace á veces una evolucion en sentido inverso, explicar la organizacion por el pensamiento, y para hablar su lenguaje, subordinar la biología á la sociología, é interpretar la naturaleza por la humanidad. "La ciencia sociológica, dice entónces, la ciencia moral de la humanidad, es la ciencia final de que la misma biología no es más que el último preámbulo." A ella es á la que da "la supremacia científica, la precedencia filosófica." Ve en los animales "seres humanos más ó ménos abortados," y pronuncia que "la vida animal seria ininteligible sin los atributos superiores que la sociología sola puede apreciar." Si debemos creer tales declaraciones, las ciencias inferiores no son, pues, simples preliminares de esa ciencia suprema; en ella es donde encuentran explicacion, por ella llegan á ser inteligibles, y en consecuencia, á ella es, y no á las matemáticas, á quien pertenece "la dominacion universal." M. Ravaisson ha señalado con sagacidad esa evolucion de un pensamiento, que se habia vuelto, casi sin saberlo, infiel á su sistema. Sin embargo, no debería concluirse de aquí que Comte haya acabado por admitir causas finales; no ve en la humanidad y en su historia, que sola puede revelarla, más que fenómenos en relacion con otros fenómenos; pero se muestra un poco vacilante sobre la naturaleza de estas relaciones, lo que le han echado en cara sus discípulos.

Se pregunta uno cuál es el lugar de la filosofía en esa organizacion de las ciencias. Si se trata de esa filosofía anticuada que se apega "á doctrinas metafísicas perdidas en las nubes de la subjetividad," el positivismo tiene por objeto excluirla y reemplazarla; la borra del número de las ciencias; pero le sustituye otra filosofía, la verdadera segun él, que sin tener su lugar fuera de las ciencias, es decir, fuera de la realidad, no se confunde sin embargo con ellas. Esa filosofía es muy clara en cuanto que niega la indagacion de lo invisible, de las causas eficientes y de las causas finales; pero es ménos precisa en sus afirmaciones. Stuart Mill y M. Littré la comprenden de diferente modo. Segun el filósofo inglés, la filosofía de una ciencia difiere de la ciencia misma, como el empleo razonado de la inteligencia difiere de la reflexion que se puede hacer sobre los procedimientos que ha seguido. La filosofía de una ciencia, dice poco más ó ménos, es esa ciencia considerada no en sus resultados ni en las verdades que establece, sino en los medios de que se sirve para descubrirlas, en los signos por los cuales se las puede reconocer, en su disposicion clara y metódica. La filosofía general es la coordinacion de todas estas ideas; es la lógica de la ciencia, el estudio de las condiciones del conocimiento. M. Littré lo entiende de muy distinta manera, y se alza contra una interpretacion que volveria á la ciencia el método subjetivo, y daria lugar preponderante á la psicología. La filosofía, segun él, es una concepcion del mundo, no del hombre, y no se confunde con la lógica. Esta es formal, la filosofía es real; la una es una manera de ser de la inteligencia, la otra una vista de las cosas; se llega á aquella por la psicología, á ésta por la naturaleza. Cada ciencia se convierte en una filosofía cuando coordina los hechos generales ó las verdades fundamentales que le pertenecen; y tiene por materia hechos del mismo género arreglados, subordinados y generalizados. De todas estas filosofías parciales se forma una filosofía total que resume las leyes de las leyes, las relaciones de las relaciones, á su estado más general. El más alto grado de generalizacion de la experiencia, hé aquí su fin; no tiene objeto propio. Comte le ha constituido "extendiendo científicamente el



El primer régimen es el del derecho divino; el segundo el de los derechos naturales; al pasar del primero al segundo, se sustituye á los mandamientos de Dios «la ley imaginaria del sér imaginario naturaleza,» todavía soberana en la moral, que erige en regla una simple creacion del espíritu. Poco á poco se ha usurpado la licencia de pensar á su antojo sobre estas materias, y se ha reivindicado la libertad de conciencia; pero «no hay libertad de conciencia en astronomía, en física, en química, en fisiología; si otra cosa sucede en moral y en política, es porque allí no hay principios establecidos.» Cuando los haya, lo que no puede tardar con el advenimiento del positivismo, no deberá ya consultarse la opinion comun: cierto número de hombres, preparados para tal encargo «fabricarán» las ideas para el resto de la sociedad. No se tendrá más derecho de revocar sus resoluciones que de refutar á Newton. Las voluntades individuales no son tan respetables como se dice: debe haber en cada nacion un poder director y ciudadanos dirigidos, y cada uno debe permanecer en el lugar que le señalan sus aptitudes. La soberanía del pueblo es el dógma más funesto á la civilizacion; «es una especie de traslacion al pueblo, del derecho divino que tanto se ha echado en cara á los reyes.» A estas causas de deterioro que amenazan al porvenir de la humanidad, hay que agregar la aparicion de una supuesta ciencia, la economía política, simple rama de la vieja metafísica, que no tiene nada positivo, nada científico, y que debe desaparecer. Inútil es notar que Stuart Mill protesta contra esta sentencia, y que ningun positivista se ha sometido á ella.

Para edificar una moral y una política positivas, debe emplearse el solo método que conviene al estudio de los hechos: la interrogacion é interpretacion de la experiencia. Las leyes de la sociedad no pueden deducirse de las leyes de la naturaleza humana: por el contrario, éstas no son conocidas sino por aquellas. No sólo es la historia propia para verificar los resultados de la observacion, sino que contiene en sus anales los solos hechos que hay que observar. Todos los fenómenos de la vida individual son determinados no sólo por las tendencias de la naturaleza humana, sino por la influencia acumulada de las generaciones pasadas sobre la generacion actual. Los seres humanos están hechos por la sociedad, más bien que estar ésta constituida por aquellos: la historia es, pues, la única fuente en que hay que beber. Si acaso sugiere una teoría sociológica contraria á las leyes de la biología, es porque se le ha interrogado mal; porque la vida social depende de la vida orgánica. Ahora bien; la historia, como la biología, contiene dos elementos: el uno estable, como la vida vegetal, y el otro en movimiento como la vida intelectual: la sociología tiene, pues, una parte estática y otra dinámica. Respecto de la primera, casi nada hay que decir: el elemento permanente y director de la sociedad, se constituirá naturalmente por un cuerpo de sábios positivistas, unánimes en sus creencias, y formando un cuerpo espiritual que impondrá sus opiniones. Stuart Mill confiesa sencillamente que «esta tentativa es poco satisfactoria.»

La dinámica social tiene por objeto determinar las leyes de la evolucion de la sociedad, y supone como adquiridas estas dos verdades: hay una evolucion natural; esta evolucion es un progreso. «Ese progreso social consiste en el aumento de nuestros atributos humanos comparados con nuestros atributos animales y puramente orgánicos;» tie-

ne por señal distintiva el triunfo del hombre sobre la bestia. Este movimiento es lo que se llama civilizacion, y la gran regla moral es la obligacion de secundarle. Los deberes individuales se derivan tambien de los deberes sociales. Pero el hombre tiene diversas facultades, todas eminentes, todas superiores á las de la bestia; las tiene morales, intelectuales, estéticas; ¿á cuál debe darse preponderancia en el desarrollo? A la inteligencia; no porque sea la más fuerte, sino porque dirige las otras, fortificando los instintos y reuniendo en una misma corriente las pasiones, divergentes cuando son ciegas. La palabra de Bacon es verdadera: las ideas dirigen al mundo. Más tarde, Comte, presa de los accesos de un misticismo enfermizo, desposeerá á la inteligencia de la supremacia que otorgará á la sensibilidad, y decretará que al corazon toca mandar y á la inteligencia servir; pero entónces le vemos ocupado en desmentir casi todos los principios de su primera doctrina, tratando al mismo tiempo «de subordinar la ciencia de la cantidad á los fines morales y sociales de la humanidad.»

Al fijar sus meditaciones en la historia, concibió sin duda ese grande amor á la humanidad, que le inspiró algunas grandes ideas, perdidas en medio de concepciones extravagantes. De allí saca toña su moral: al principio del egoismo sustituye el del interés general de la raza humana: nada es para él más respetable que ese gran sér colectivo «que remonta en las profundidades desconocidas del pasado, abraza el presente con sus diversidades, y desciende al porvenir infinito é insondable.» Antes de convertirla en Dios, la habia hecho el sujeto mismo de la ley moral: tenemos en nosotros una benevolencia natural y un instinto de sociabilidad que nos atrae á los otros hombres; é inclinaciones egoistas que por naturaleza parecen sobreponerse á las otras. La educacion del espíritu debe tender á hacer predominar las primeras, que constituyen, en contraposicion al egoismo, una inclinacion que se acostumbra llamar en la escuela «altruismo.» Esta especie de educacion debe comenzar ante todo por la higiene; porque los instintos crecen ó disminuyen con los órganos á que están adheridos; es preciso, pues, «atrofiar» el órgano de las inclinaciones personales, á fin de mortificarlas; desarrollar el órgano del altruismo para sustituir este solo sentimiento á todos los otros: porque es el eje de la vida moral. Esta bella máxima: «hacer á los demás lo que quisiéramos que se nos hiciese,» está todavía contaminada de egoismo; es preciso eliminar hasta el menor pensamiento del yo: vivir para otro, hé aquí la divisa; ahogar en nosotros la totalidad de los deseos personales, hé aquí el deber: *amem te plus quam me, nec me nisi propter te.* Así están proscritos hasta los placeres inocentes, si no son útiles á la sociedad; ó al ménos debe lamentarse como «una enfermedad inevitable» la debilidad que nos arrastra á ellos. Fuera del deber no hay más que el pecado: así es que el hombre no tiene más que un solo derecho, «el de cumplir con su deber.» Hase dicho de esta moral que era calvinista, tambien se la podría llamar estoica, pues tiene del estoicismo la tendencia á la unidad sistemática, que le reprocha Mill como defecto de origen francés, y tiende á la unidad de práctica, al acuerdo de todos los actos reducidos á una sola intencion. Sistematizar su existencia, no querer más que una sola cosa, no concebir más que un solo motivo, hé aquí la perfeccion. Es quizás la primera vez que el empirismo, llevado hasta el extremo en la teoría, no tenga por consecuencia el egois-



mo en moral. Esta contradicción, que coloca á Comte entre los moralistas del sentimiento, es debida á una vista tal vez inconsciente de la naturaleza humana, y á ese vivo sentimiento de que hay en ella inclinaciones de dignidad desigual, que no deben desarrollarse ni satisfacerse todas.

Concíbese que animado de ese grande amor al género humano, se haya dejado ir hasta divinizar su objeto y hacer de él una religion. Seria injusto poner á cargo del positivismo "las especulaciones sentimentales" que ha rechazado por la voz de sus representantes más autorizados; pero no se las puede pasar en silencio, pues todavía tienen adeptos, y hay, por otra parte, un interés histórico en mostrar al enemigo declarado de toda concepción teológica, erigiéndose, para satisfacer un sentimiento que encuentra en su corazón y en el de todos los hombres, en gran sacerdote del culto de la humanidad. La raza humana considerada en su conjunto, con su pasado y su porvenir, hé aquí el gran sér que se debe adorar, superior á Dios por lo mismo que aprovecha nuestro amor y tiene necesidad de nuestros servicios; más digno de ser amado porque no puede recompensar á sus fieles ni inducirlos á los cálculos del amor mercenario. Sobre todo, las mujeres, "ese sexo amante," simbolizarán á la humanidad; y la madre, la esposa y la hija la representarán en las tres divisiones del tiempo. El culto que se les debe, salvo el caso de indignidad, se celebrará por ochenta fiestas anuales, y se distribuirá en nueve sacramentos. Dicho culto implicá prácticas de todo género, signos exteriores como el que consiste "en tocar sucesivamente los principales órganos que la teoría cerebral asigna á sus tres elementos," y que reemplaza el signo de la cruz. Es dirigido por un clero compuesto de "la clase especulativa," encargada al mismo tiempo de la educación, del ejercicio de la medicina, y que deja el poder temporal á los jefes de industria. El gran pontífice, juez infalible, es el fundador de la doctrina, y despues de un primer período de siete años, se deberá poner en sus manos la dirección de la enseñanza. Cinco años despues, el jefe del poder ejecutivo abdicará en provecho de tres proletarios positivistas, que tendrán el encargo de hacer la guerra á la inteligencia rebelada contra el corazón, hacer quemar todos los libros, con excepcion de unas cien obras; dividir la Francia en diecisiete repúblicas, y preparar por último el advenimiento definitivo del positivismo; que se fija á los treinta y tres años, contados desde el momento en que el filósofo, convertido en profeta, propone sus reglas. Nada falta á este delirio místico: la tierra se ha trasformado en gran fetique, el espacio se convierte en el destino ó la fatalidad, los números tienen virtudes misteriosas. Despues de haber cerrado en nombre de la ciencia la esfera "de lo inconocible," Comte la empuja á las aberraciones de la superstición; la filosofía suprimida hace lugar á las puerilidades de la imaginación, y la religion á la idolatría.

Cierto es que muchos positivistas están dispuestos á lamentar tales especulaciones, y á deplorar, como dice Stuart Mill, "esa triste decadencia de un grande espíritu, sus pensamientos extravagantes y su colosal confianza en sí mismo." Sin embargo, entre los mejores de ellos hay algunos que le han seguido hasta sus excesos; varias de esas ideas que podían creerse para siempre olvidadas, han reaparecido á toda luz en una insurrección memorable, que quiso inaugurar una política positiva; y cuéntase que el

hombre respetable que presta á la doctrina el apoyo de su ciencia y carácter, ha derramado lágrimas al acordarse que habia contribuido á propagar tales ideas.

El positivismo, tal como Comte lo habia concebido, es, pues, una doctrina completa; verdad es que no tiene metafísica, ó al ménos se jacta de no tenerla, aunque se habla á veces con demasiada resolución sobre "la inmensidad cerrada;" pero tiene su psicología, su lógica, su moral, su política y su filosofía de la historia. Su psicología es más ó ménos francamente materialista, y los escritores que la entienden de otra manera no son reconocidos por "filósofos del modo positivo." Su lógica es la del puro empirismo, tal como Hobbes la escribiría hoy; su moral no es sino una generalización de la historia; su política el absolutismo, y su filosofía de la historia una aventurada interpretación de los hechos. Pero de ese conjunto de ideas que llenan tantos volúmenes, parece que muchas han desaparecido ya, y los discípulos han hecho de ellas un recuento que sólo deja subsistir el menor número. Esto hace difícil de hallar el rasgo saliente por el que pueda reconocerse á un positivista. Fuera de M. Robinet, que es, segun Stuart Mill, "un discípulo segun el corazón de M. Comte, un hombre á quien no detiene ninguna dificultad ni espanta ningun absurdo," cada uno de los hombres eminentes que aceptan ese título, exige hacer reservas. M. Littré le reivindica, pero no reconoce por suyas más que las doctrinas del "Curso de filosofía positiva," y todavía nota allí más de un error notable haciéndole oportunas correcciones; M. Taine está "al lado del positivismo," pero parece que no piensa acercársele más; M. Robinet le presta la autoridad de su ciencia, pero esa ciencia está lejos de confirmar las teorías fisiológicas de Comte, y sólo se les semeja en reducir toda la actividad intelectual y moral á propiedades del sistema nervioso; pero de esto ya habian dado ejemplo Cabanis y Broussais. Verdad es que el positivismo ha pasado á Inglaterra, en donde le introdujo M. Lewes, pero los psicólogos ingleses, determinados todos á practicar la observación por la conciencia, y á reservar "la cuestión de lo inconocible" ó la de lo absoluto, son descendientes de Hume y de James Mill, más bien que imitadores de Comte. Entre los sabios, Huxley ha combatido la famosa triada histórica y la clasificación de las ciencias; entre los filósofos, Spencer critica más bien que aprueba el conjunto de las doctrinas positivistas. Stuart Mill, á quien la escuela quisiera adoptar por su lógico, casi no merece tal título sino en cuanto á su gusto por las ciencias de observación y el análisis, y por su repugnancia á la metafísica, lo que no le ha estorbado arruinar por una discusión seria, las aserciones más esenciales del sistema que Littré trató de defender. En suma, si se quita del "comtismo" lo que cada uno de sus partidarios se rehusa á admitir, no quedará más que cierto número de proposiciones comunes á todas las filosofías empíricas, y deberá decirse con un escritor positivista: "La verdadera originalidad de la filosofía positivista, está en el método, mucho más que en la doctrina." Y todavía ese método no es original en sí mismo. Lo nuevo, poco más ó ménos, es su extensión á todos los problemas, y la negación de los que no puede resolver.

E. CHARLES,

Rector de la Academia de Clermont-Ferrand.



punto de vista positivista á todos los objetos del conocimiento humano." En otros términos, el contenido de la filosofía es exactamente el mismo que el de las ciencias, y emplea el mismo método. Como no es posible perfeccionar una ciencia sin coordinar sus verdades, ni reflexionar sobre el conjunto de las ciencias sin comparar sus resultados, la filosofía se confunde con las ciencias; no tiene nada propio, ni su objeto, ni sus procedimientos, ni sus conclusiones. Proviene de dos operaciones: determinar los hechos generales de cada una de las ciencias fundamentales; agrupar esos hechos y reducirlos á sistema. En suma, "recoger los hechos superiores de todo el saber humano, coordinarlos segun un método natural, sacar de allí una concepcion real del mundo, constituir una nocion harto positiva para estar en pleno acuerdo con los elementos científicos, y harto general para asignar su lugar y valor en el conjunto, tal es la filosofía positiva," que es "el vínculo general del saber." Esta definicion, que nos parece una de las fórmulas ya envejecidas del empirismo, una negacion renovada de toda realidad inaccesible á los sentidos, M. Littré la considera como la obra capital de su maestro. Es de notar que los positivistas no están de acuerdo en su admiracion; todos colocan á su patron en el rango de los más grandes genios, "encima de Descartes y de Leibniz;" pero unos designan como su mayor descubrimiento la ley de los tres estados; otros la clasificacion de las ciencias; éstos la constitucion de la "sociología," y aquellos la concepcion de la filosofía. Este último título es el que parece más brillante á M. Littré y le arranca este entusiasta homenaje: "Por la primera vez se ha probado que el saber forma un todo, que tiene su vínculo no en un sistema cualquiera concebido por la inteligencia, sino en la naturaleza de las cosas, en la evolucion de la historia, en el encadenamiento didáctico. De cualquier lado que la filosofía positivista lleve sus miradas, las grandes conexiones le aparecen; el sople de una generalidad fecunda la inspira, y le viene el encanto de allí mismo de donde le viene el poder."

La filosofía positiva se compone, pues, de seis ciencias segun Comte; de siete segun Littré, sin que entre ellas encuentre lugar la psicología, proscrita por Comte, ó lo que viene á ser lo mismo, confundida con la fisiología, ó más bien con la frenología. La observacion por la conciencia, segun él, es un procedimiento estéril en que el hombre, suponiendo que pueda observar algo, no observa más que hechos personales, sujetos á variar; y necesita sustituir la observacion exterior, la de los órganos y de los productos de las funciones cerebrales, tales como se manifiestan en la historia. ¿Cómo podríamos "observarnos observando ó racionando?" La atencion que consagráramos á esta operacion, aniquilaria su objeto al suspender el mismo procedimiento que se quisiera estudiar. Es, pues, por el exterior por donde hay que emprender el estudio de la naturaleza humana. "Las funciones morales é intelectuales" son propiedades cerebrales inherentes á diversas partes del encéfalo. Gall ha puesto los fundamentos de esta parte de la fisiología: Comte, al ensayar el reparto de las facultades entre diversos órganos, se lisonjea de haberla elevado al estado positivo, y expone como última palabra de la ciencia una clasificacion de las "dieziocho facultades elementales" del espíritu, que descubre una vez más el vicio capital de su educacion: la ignorancia de la filosofía. Stuart Mill se ha negado á seguirle hasta allá, y protesta contra esa condenacion de la psicología: Littré la

conserva explicándola. En su opinion, la psicología no es el punto de partida de la filosofía, sino que depende de todas las ciencias que le preceden, y que se constituyen perfectamente sin ella. "Es cierto que el conocimiento de las leyes de la inteligencia no es posible sino despues y por el conocimiento de toda especie de leyes inferiores;" se liga á toda la série de los conocimientos, y el mismo pensamiento depende de la figura y del número. La sustancia nerviosa, que es el órgano de toda inteligencia, ¿no está constituida por elementos materiales que no se separan de sus condiciones? El trabajo intelectual tiene por equivalente un trabajo químico, que equivale á cierta cantidad de calor, la cual equivale á su turno á cierta cantidad de movimiento. Así, no hay hiato; la psicología está comprendida en la biología, y "la constitucion material de la sustancia nerviosa es el punto de union entre el espíritu humano y las leyes ó hechos generales." Esta es la verdadera doctrina positivista, y si Stuart Mill se aleja de ella, es porque pertenece á "otro modo de filosofar;" se ha pasado al lado de los metafísicos, al sostener que se debe comenzar por observarse á sí mismo, ántes de comprender los signos que nos revelan en nuestros semejantes la existencia de las facultades de que estamos provistos; que esta observacion es posible, y aún se extiende á varios hechos simultáneamente; que no se puede establecer de otra manera la correspondencia entre la actividad mental y las funciones orgánicas; y sobre todo, definiendo la filosofía: "el conocimiento científico del hombre en cuanto que es un sér intelectual, moral y social." No hay ciencia de lo subjetivo: "subjetivo no puede significar más que la facultad de elaboracion distribuida entre las celdillas nerviosas." La psicología no es, pues, más que la fisiología cerebral, y el estudio de los fenómenos "psíquicos" se limita á las funciones, á las facultades, á los poderes del órgano psíquico; sólo que los productos de estas facultades dan lugar á otros estudios, porque toman en la historia una especie de existencia progresiva. Así es que, despues de haber estudiado las facultades estéticas, morales é intelectuales, como funciones del cerebro, seria preciso considerar sus resultados exteriores en la escena de la historia, y de este modo se constituirán la estética, la moral, la ideología, que Littré extrae "del pedruzco de la sociología," y que establece á título de séptima ciencia en "la jerarquía grandiosa que es el alma de la filosofía positiva," reconociendo, sin embargo, que "toda filosofía positiva será materialista bajo este aspecto;" lo que nos dispensa de examinar ideas cuya crítica no es de este lugar.

Queda, pues, en el positivismo poca cosa de las ciencias filosóficas generalmente reconocidas; lo que más se les semeja hay que buscarlo en la "sociología," constituida de todo á todo por Comte, si creemos á Littré; apenas bosquejada "y completamente fallida," segun Stuart Mill. Pero muchos de los discípulos de Comte rehusan su aquiescencia á una gran parte de sus trabajos políticos, que refieren "al período patológico" de su vida. No convendria insistir sobre esto para desacreditar una doctrina que tiene derecho á una séria exposicion; bastará indicar las críticas que Comte ha dirigido contra las "ciencias sociales" y los remedios que propone para corregir sus defectos.

Esas ciencias han pasado como las otras por los errores inherentes á la teología y á la metafísica. Al principio, las reglas de conducta y el destino de las sociedades parece que dependen de mandamientos divinos; más tarde se las liga á una supuesta ley moral.